

Resumen

El presente ensayo propone un ejercicio reflexivo en torno al sentido. Desde Gilles Deleuze y a partir de preguntas abiertas con la lectura de un poema de Stefan George (1868-1933), citado oportunamente por Martin Heidegger, que sentencia al final la renuncia del poeta: "ninguna cosa sea donde la palabra falte", se pretende pensar la dualidad-relación, no del lenguaje con lo designado, sino la del lenguaje con lo expresado, es decir con el sentido. El ensayo se esfuerza por comprender la renuncia del poeta sin clausurarla en una interpretación unívoca. El sentido nunca está en uno de los términos de una dualidad, es también y sobre todo la frontera y la articulación de la diferencia entre los dos. El poeta se ve forzado a renunciar a una adecuación entre sentido y palabra, pero sin embargo, la renuncia lo libera a lo múltiple, al caos, le impone límites a la representación. Aunque sin palabra, no está excluido de la terra incógnita de lo nuevo, de un lenguaje posible, del infinito inconquistable, jamás reconocible o reconocido, del lugar sin ocupante y del ocupante sin lugar.

Palabras clave: Deleuze, sentido, lenguaje, representación, Stefan George.

En torno al sentido, un ejercicio reflexivo desde Deleuze

Una maravilla de la lejanía o el sueño
traía al linde de mi país
y aguardaba hasta que la gris Norna
hallaba el nombre en su fuente

luego podía asirla apretada fuertemente
ahora florece y brilla por la marca...

Un día llegué después de un viaje bueno
con una joya rica y tierna

ella buscó largamente y me manifestó
"así no duerme nada aquí sobre el profundo suelo"

después de lo cual escapó de mi mano
y nunca mi país ganó el tesoro...

Así aprendí triste la renuncia:
ninguna cosa sea donde la palabra falte.

Stefan George (1)

Este poema de Stefan George (1868-1933) siempre llamó mi atención. Se trata de uno de los elegidos por Martin Heidegger para analizar la esencia del lenguaje y de la palabra en dos de los trabajos reunidos en *Unterweg zur Sprache* (2). Mi inquietud con el poema radica en su particular potestad de hacerme pensar cada vez que lo recuerdo. No sé bien cómo y por qué lo he memorizado, pero el poema insiste en mi memoria casi con la misma fuerza que la determinación del último verso, "ninguna cosa sea donde la palabra falte". El poema nos habla de la procedencia de esta sentencia. Pero, ¿cuál es esa "joya rica y tierna" que se escapó de la mano del poeta y que de algún modo cambió una especie de tradición (secuencia) postulada en las dos primeras estrofas?, ¿qué sucede con la temporalidad en lo ocurrido según el poema, "un día", "después", "nunca", "ninguna cosa sea,..."? ¿de qué se trata el aprendizaje del poeta? ¿cuál es la pérdida? ¿cuál es la renuncia?, ¿a qué renuncia (o qué cede o qué admite)

el poeta? ¿qué extraña especie de reunión-separación plantea el último verso respecto de cosa y palabra y de qué modo esto se relaciona con la renuncia del poeta? ¿qué posibilidades clausura y cuáles abre el último verso? Entonces, ¿qué otro algo que no sea cosa podría ser aun “cuando la palabra falte”? ¿desarrolla el poema una experiencia de un poeta? ¿desarrolla el poema una experiencia posible para lectores que al leer reponen (encarnan) el sujeto tácito de cada verso, “traía”, “podía asirla”, “llegué”, “aprendí”?

Al desarrollar su teoría del sentido, Gilles Deleuze ofrece algunas pistas para seguir pensando las preguntas abiertas desde el poema antes citado. En su *La lógica del sentido* aborda la cuestión del sentido a través de treinta y cuatro series de paradojas que despliegan el transcurrir dinámico e irrepresentable del pensar.

El sentido es concebido por el autor como una entidad incorpórea que porta la posibilidad de ser expresado o expresable, enunciado o enunciable por el lenguaje a través de proposiciones. Pero no en todas las relaciones que se dan en una proposición hay emergencia del sentido. El sentido configura una de las dimensiones de la proposición, cuyo rasgo fundamental es la implicación con el acontecer presente, con *lo que pasa*, con *lo que es* en el *instante*. En la Tercera Serie de Paradojas, “De la proposición”, Deleuze desarrolla las relaciones que se dan en la proposición, a saber:

- Designación o indicación (relación de la proposición con un estado de cosas exterior (cuerpos, cualidades, cantidades,...). Los significantes son determinados vocablos singulares y formales, que funcionan como indicadores y se caracterizan por remitir a determinadas imágenes (ej. aquí, ahora, hoy,...). Verdadero y falso constituyen las categorías valorativas adecuadas para señalar si en la designación se cumple o no la relación con el estado de cosas que designa.
- Manifestación (relación de la proposición con el sujeto que habla y se expresa). En esta relación es el deseo el que aparece como la causalidad interna de la imagen y la creencia como expectativa respecto de la producción de estado de cosas causado externamente. Veracidad y engaño surgen como las categorías adecuadas para valorar cómo se manifiesta el sujeto que designa. Manifestación y designación conforman una unidad sistemática, el indicador “yo” es el manifestante de base y principio de todo juicio de designación posible.
- Significación (relación de la palabra con conceptos universales y relaciones sintácticas con implicaciones de concepto, es decir con remisiones a otras proposiciones; pertenece al campo de la representación). Los significantes de implicación (luego, entonces) determinan una relación hipotética entre premisas y conclusión cuyo valor lógico reside en la condición de verdad. Es decir en el conjunto de condiciones que determinarían la verdad de la proposición por oposición a lo absurdo y no a lo falso (que puede tener una significación o sentido). Y si bien en el nivel del habla, la manifestación es primera y fundante (el yo aparece primero respecto de la designación y la significación), en el nivel de la lengua, la significación es anterior (si las palabras no remitieran a conceptos e implicaciones con cierto significado constante, ¿qué haría significativo a las opiniones y creencias?). Por otra parte, toda implicación no puede desligarse de la necesaria y adecuada designación operada en las premisas que a su vez permiten determinar un “luego” conclusivo. Entonces ¿es la significación el último fundamento? “De la designación a la manifestación, y luego a la significación, pero también de la significación a la manifestación y a la designación, estamos atrapados en un círculo que es el círculo de la proposición” (Deleuze, 1989: 39) y que amerita el planteo de una cuarta dimensión, la del sentido.
- Sentido (es lo expresado de la proposición, incorporal, irreductible a los estados de cosas individuales, a las imágenes particulares, creencias o conceptos universales, es acontecimiento que se caracteriza por su insistencia y subsistencia en la proposición).

La última de las relaciones señaladas por Deleuze constituye, sin duda, la preocupación fundamental que recorre sus textos y considero, también, que es la que atraviesa el poema de George y mis propias preguntas. El sentido no existe fuera de la proposición que lo expresa, pero tampoco se identifica con ella. Por lo tanto, tiene una objetividad distinta y propia, la del insistir y subsistir en la proposición, la de ser atributo de un estado de cosas y no de la proposición, la de acontecer atravesando el círculo de la proposición. Porque el sentido habita la frontera entre proposición y cosa. Porque el sentido acontece en esa dimensión dintelar y se desliza por la superficie de las proposiciones como su cuarta dimensión.

En la Cuarta Serie de Paradojas, “De las dualidades”, afirma Deleuze,

“Esta frontera no los mezcla [cosa-proposición], no los reúne (no hay monismo ni dualismo), es más bien como la articulación de su diferencia: cuerpo/lenguaje” (Deleuze, 1989: 47).

De un lado, las cualidades de las cosas; de otro, las palabras (nombres y adjetivos que designan el estado de cosas, la presencia y verbos que expresan acontecimientos y atributos lógicos, el devenir y un tiempo infinito). Y en este último a su vez, otra dualidad-relación, no la del lenguaje con lo designado (ej. *mesa* en tanto palabra - *mesa* como objeto), sino la del lenguaje con lo expresado, es decir el sentido (ej. he comprendido *esto*). El sentido nunca está en uno de los términos de una dualidad, es también y sobre todo la frontera y la articulación de la diferencia entre los dos. Es el elemento vivo de las palabras, que sólo

puede pensarse y generarse cada vez que ella se repite.

Platón reconoció, en el *Filebo* y el *Parménides*, esa dualidad más profunda que la de lo inteligible-sensible, Ideas-materia o Ideas-cuerpo (Deleuze, G., 1989: 26-27 y 255-267). Es la que se encuentra en el interior de los cuerpos mismos, y se da entre lo que recibe la acción de la Idea y lo que se sustrae a ella. No es la distinción Modelo-copia, sino la de las copias y el simulacro. La copia es imagen dotada de semejanza. El simulacro es imagen que carece de semejanza. Su materia es el puro devenir, lo ilimitado, lo que no puede ser subsumido o medido, porque subsiste fuera del orden impuesto. Por lo tanto, el simulacro se constituye sobre una disparidad, una desemejanza, sobre la diferencia, sobre lo Otro. Si bien, la filosofía platónica reconoce como suyo el ámbito de lo Semejante fundado en la íntima vinculación, por participación, entre Ideas y copias, es importante destacar que necesita, además, explicar las relaciones (la comunicación, comunión) de las diferentes Formas entre sí y de qué modo lo desemejante, existe, persiste, subsiste fuera del orden (3).

El sentido se encuentra emparentado con el devenir, con lo que fluctúa, nace y muere en el instante, con lo intempestivo y, desde esta perspectiva, el sentido pertenece a otro tiempo, a ese que no se puede representar, pero que constituye la topología del pensar. Es posible evocar aquí, expresiones de Zarathustra en “De la visión y el enigma” cuando le exige al enano que lo acompaña: “¡Mira ese portón!”. El nombre del portón es “Instante” y es el punto de convergencia de dos caminos, uno hacia atrás y otro hacia delante. Zarathustra continúa “¿Qué piensas tú, enano, de este instante?”, “¿no tenemos todos nosotros que haber existido ya?”, “¿no tenemos que retornar eternamente?” (Nietzsche, 2003: 229-231). Las mismas preguntas que nos pueden llevar, cual espíritu de pesadez, a creer que la vida y el devenir son el eterno retorno de lo mismo, son las que también habilitan y nos fuerzan a pensar lo absolutamente diferente.

“El que el instante actual no sea un instante de ser o de presente ‘en el sentido estricto’, que sea el instante que pasa, nos obliga a pensar el devenir, pero a pensarlo precisamente como lo que no ha podido empezar y lo que no puede acabar de devenir” (Deleuze, 2000: 71).

“Por eso sólo podemos comprender el eterno retorno como expresión de un principio que es la razón de lo diverso y de su reproducción, de la diferencia y de su repetición” (Deleuze, 2000: 72).

Es Nietzsche quien, al colocar el pensamiento en el elemento vivo del sentido y del valor, en la encrucijada del instante mismo de *lo que pasa*, propone una nueva imagen del pensamiento, una imagen no dogmática (Deleuze, 2000: 152).

En *Diferencia y repetición*, Deleuze nos presenta ocho postulados característicos de la imagen dogmática del pensamiento que pretenden mostrar que es posible comprender el pensar como actividad y ejercicio de otra índole que la correspondiente al mundo de la representación. La representación es el lugar de la ilusión trascendental desde la que se recubre y desnaturaliza el ejercicio y la génesis del pensamiento.

El pensamiento representativo se define por cuatro ilusiones: la identidad del concepto (reconocimiento), la oposición en la determinación del concepto, la analogía del juicio, la semejanza en el objeto. Estos elementos son las cuatro raíces del principio de razón que estaquean el pensamiento pretendiendo que nada quede al azar o fuera de la razón. El pensamiento se recubre de una imagen compuesta por postulados que se encargan de posicionar un sujeto pensante idéntico, que gracias al ejercicio armónico de sus facultades funda y determina el mundo y destierra la diferencia del pensamiento. La diferencia se subordina a la semejanza a través de la subsunción de lo sensible diverso al concepto. Por lo tanto, las limitaciones, conflictos, contradicciones y oposiciones son sólo juegos de superficie, aunque en las profundidades lo discordante sobreviva en la monotonía de lo negativo, y se pretenda formularlo como problema que puede generar respuestas que lo solucionen.

“La historia no pasa por la negación, ni la negación de la negación, sino por la decisión de los problemas y la afirmación de las diferencias. No por ello es menos sangrienta y cruel” (Deleuze, 2006: 397).

Mientras la filosofía permanece atrapada en las redes de la representación, los problemas formulados antinómicamente, también lo están. La diferencia se distribuye a través de categorías a priori, de grandes géneros y especies, el ser se reparte en formas fijas y se dice analógicamente de lo que es.

Uno de los últimos postulados que señala Deleuze (desarrollados en el Capítulo “La imagen del pensamiento”), es el que consiste en considerar (evaluar) los problemas y las preguntas desde la posibilidad de resolverlos o responderlos, a través de las proposiciones. Sin embargo para nuestro autor, el elemento diferencial del pensamiento es el problema, es él el que engendra lo discontinuo y desde él se funda el sentido de las soluciones.

“Un problema no existe fuera de sus soluciones. Pero lejos de desaparecer, insiste y persiste en esas soluciones que lo recubren” (Deleuze, 2006: 250).

“El problema en tanto problema está completamente determinado, le corresponde estar diferenciado,... aunque todavía no esté “resuelto” y permanezca por eso en la indiferenciación. O más bien, está resuelto desde que es planteado y determinado, aunque no deje de persistir objetivamente en las soluciones que genera, y difiera por naturaleza de ellas”

(Deleuze, 2000: 414).

Por ello la verdadera fuerza de los problemas radica en no desaparecer en el juego lógico de las proposiciones, en engendrar discontinuidades sobre el fondo de una continuidad que funciona como Idea. Esto es posible en el uso paradójico de las facultades y de la sensibilidad del signo. Se trata, de acuerdo con el análisis del octavo postulado, de un *aprender* (acto que se realiza frente al problema) y no de un *saber* (acto que designa la posesión de las soluciones mediante métodos reguladores del uso de las facultades). Aprender es movimiento y supone lo no anticipable. No hay métodos ni reglas para encontrar tesoros, dice Deleuze, tampoco para aprehenderlos o fijarlos, aprendió el poeta. La cultura es el movimiento mismo de aprender, la aventura de pensar, la experiencia de explorar, el sentido expresado y expresable en la palabra pero también en el silencio y la ausencia.

El poeta de George emprendió el viaje, está en esa frontera de las palabras y las cosas, de las palabras y el sentido; la puede pensar, la habita y se adueña de la diferencia, aprendiéndola (aprehendiéndola)-perdiéndola en una renuncia paradójica. Él va hasta el límite, al linde de su país para provocar un encuentro entre la joya y la marca, pero el desencuentro lo deja perplejo. Y no es sólo a causa de una *in-adecuatio* entre marca y joya maravillosa encontrada, es por el límite impuesto por la diosa Norna, a la regresión nominal infinita (“así no duerme nada aquí sobre el profundo suelo”). Siguiendo a Deleuze, “la primera paradoja del sentido es la de la proliferación, según la cual lo expresado por un ‘nombre’ es lo designado por otro, que viene a duplicar el primero” (Deleuze, 2006: 238) y escapar de ella, exige, permanecer en el juego, en lo estéril e incorpóreo, en la repetición paradójica, en el límite de las cosas y las palabras, abandonando la ilusión propia de la imagen dogmática del pensamiento.

Se trata de habitar el problema, porque en él subsiste el sentido y es la génesis del acto de pensar que, problematizante y problemático, no busca resultados o respuestas porque no será nunca suprimido en una solución. Lo propio de lo nuevo es la diferencia. Pero pensar la diferencia exige un encuentro, un viaje, estar dispuesto a dejar algo, a abandonar y abandonarse al sentido, a la conmoción y la perplejidad ante un abismo dionisiaco.

El poeta se ve forzado a renunciar a una adecuación entre sentido y palabra, renuncia a la imagen y esto lo libera a lo múltiple, al caos. Está frente a un problema. Pero aún no lo comprende, está triste, no puede valorar el brillo de la joya hallada y la importancia de persistir en el juego del instante y de la búsqueda que impone límites a la representación. Sin embargo, no está excluido de la *terra incógnita* de lo nuevo, de un lenguaje posible, del infinito inconquistable, jamás reconocible o reconocido, del lugar sin ocupante y del ocupante sin lugar. Él está allí, volviendo cada vez.

Notas

(1) “La palabra”. Aparecido por primera vez en su propia revista Hojas para el arte en 1919.

(2) Heidegger, Martin. De camino hacia el lenguaje. Traducción inédita de Dina Picotti. Buenos Aires, 1989. La traducción del poema de George corresponde a la que brinda Picotti.

(3) El complejo diálogo del Sofista aborda la cuestión del estatus de la imagen y la comunión de los géneros. Platón sostiene que la imagen implica la participación en la Idea pero además la necesaria diferenciación respecto de otras. La imagen es aquello que presenta semejanza con lo verdadero, y en tal sentido existe. Pero lo no verdadero, su opuesto, también existe. La dificultad radica en que es necesario admitir que lo que no es (por ejemplo el pensamiento falso), de algún modo es. Por ello, el no-ser no designa lo que no es de ningún modo (como pretendía Parménides), sino la participación y comunicación con lo diferente.

Bibliografía

Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*. Barcelona, Paidós, 1989.

Deleuze, Gilles. “La imagen del pensamiento” y “Conclusión: diferencia y repetición”. En: *Diferencia y repetición*. Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona, Anagrama, 2000.

Nietzsche, Federico. *Así habló Zarathustra*. Madrid, Alianza, 2003.

Platón. *Sofista*. Barcelona, Gredos, 2000.

PAULA CRISTINA RIPAMONTI

Profesora en Filosofía (FFyL, UNCuyo), Especialista en Docencia Universitaria, con Postítulo en Investigación Educativa con

enfoque socio-antropológico (CEA, UNCórdoba y MECyT de la Nación) y Doctoranda en Filosofía (FFyL, UNCuyo). Actualmente se desempeña como Docente de la cátedra Antropología Filosófica (FFyL, UNCuyo) y de Introducción a la Antropología y Problemática del conocimiento (Escuela Normal Superior 9-001, IES). Secretaria Académica de la Dirección de Educación Superior de la Dirección General de Escuelas, Gobierno de Mendoza (período 2003-2007). Ha coordinado programas nacionales de FD. Ha participado en proyectos de investigación de temas de filosofía práctica e historia de las ideas latinoamericanas. Integra el equipo del Proyecto de Investigación Plurianual (PIP, CONICET) sobre Diversidad e integración en el Pensamiento Latinoamericano y el proyecto Reconocimiento, diversidad, integración; aportes a la reflexión acerca de la interculturalidad (SECYT, UNCuyo). Ha participado y dirigido proyectos de investigación educativa vinculados al área de la Formación Ética y Ciudadana y de la Formación Docente (DGE, Gobierno de Mendoza). Actualmente dirige el proyecto aprobado por INFOD: "Representaciones sobre la Formación Docente y experiencias profesionales de egresados noveles". Es Miembro fundador y activo del CIIFE, FFyL, UNCuyo.